



Real Oratorio del Caballero de Gracia

14 de junio de 2019

IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE CABALLERO DE GRACIA (1619-2019)

PRIMERA CONFERENCIA

«Las raíces cristianas de Europa»

Por Clemente López González. Universidad Francisco de Victoria



Sumario

1. Actualidad del tema	2
2. Los orígenes de Europa	2
3. La fe cristiana, raíz religiosa y cultural de Europa	3
3.1. La religión judía, contexto donde nace el cristianismo	3
3.2. El cristianismo	4
3.3. El cristianismo pasa a Europa	5
3.4. Evangelización e inculcación del evangelio	5
4. La Iglesia Católica, constructora de una civilización	7
4.1. La labor de la Iglesia Católica	7
4.2. La conversión de los pueblos de Europa	9
4.3. El nacimiento de una nueva cultura de identidad cristiana	10
5. Conclusiones	11

1. Actualidad del tema

Si hoy en día nos preguntamos por las raíces de Europa es porque hoy en día Europa está sumida en una fuerte crisis. Crisis de identidad, pero también crisis cultural y moral. Esta crisis está agravada por el profundo conflicto interno entre quienes son partidarios de una falsa Europa y quienes, minoritariamente, defienden la verdadera Europa. En la Declaración de París de 2017, subtitulada “Una Europa en la que podemos creer” se dice lo siguiente:

“Europa, con todas sus riquezas y grandezas, está amenazada por una falsa comprensión de sí misma. Esta falsa Europa se imagina a sí misma como la culminación de nuestra civilización, pero en realidad quiere confiscar nuestro hogar. Recurre a exageraciones y distorsiones de las auténticas virtudes de Europa al tiempo que se mantiene ciega a sus propios vicios”¹.

Y más adelante continua:

“Los patrocinadores de la falsa Europa están fascinados por la superstición de un progreso inevitable. Están convencidos de que la Historia está de su lado y esta fe les hace arrogantes y desdeñosos, incapaces de reconocer los defectos del mundo post-nacional y post-cultural que están construyendo. Además, se muestran ignorantes de las verdaderas fuentes de la decencia humana que ellos mismos valoran, al igual que nosotros. Ignoran, incluso repudian las raíces cristianas de Europa”².

Hace algunos años el profesor norteamericano George Weigel³ ya señalaba que el enfrentamiento que actualmente nos aqueja tenía dos

1. Consultado el 12-6-2019. <https://thetrueeurope.eu/una-europa-en-la-que-podemos-creer/>

2. Ibid.

3. George WEIGEL. “Las dos guerras culturales de Europa”. *Nueva Revista* (108). Madrid: 2006, pp. 62 y ss.



Al comienzo de la conferencia.

vertientes. La primera de estas vertientes es la “guerra” entre “las fuerzas posmodernas del relativismo moral” (la falsa Europa) y los que “defienden la postura moral tradicional”. La segunda guerra, que se cruza con la primera, es la de la lucha por definir la naturaleza e identidad de la sociedad y los límites del multiculturalismo en una Europa que ha abierto la puerta a una población musulmana cada vez mayor.

En la primera guerra, los agresores, seculares radicales, tienen como objetivo imponer una Europa postcristiana. En la segunda guerra, los agresores quieren borrar todo recuerdo de nuestra identidad cultural grecolatina.

Sin duda alguna, la crisis actual se configura, sobre todo, como una guerra cultural en la que no podemos ser neutrales.

2. Los orígenes de Europa

Europa como civilización es continuadora de la civilización grecolatina. Sus orígenes se remontan al encuentro entre la cultura grecolatina y la religión cristiana⁴ a los que se añadiría la influencia de la cultura de los pueblos germánicos.

4. Aurelio FERNÁNDEZ. “Occidente, crisis de una cultura”. *Anthologica Annua*, (60). Roma: 2013, p.240.



Foro romano.

Histórica y geográficamente, Occidente es heredero de otra civilización: la Civilización Romana o también llamada la Civilización Grecolatina. Pero no debemos olvidar que otro elemento clave, más importante aún si cabe que la propia Civilización Romana en la génesis de la Civilización Occidental, fue la religión cristiana⁵. De la inculturación del cristianismo en la Civilización Romana surgiría esta nueva civilización.

Hasta tal punto somos herederos de Roma que son muchos los autores que consideran a ambas civilizaciones como una sola. Sin embargo, hay razones que nos llevan a considerar que la indudable continuidad geográfica e histórica, así como la importancia del legado del que somos herederos no son motivos suficientes para considerarlas como una única civilización. Tanto la religión cristiana como, en menor medida, la aportación de la cultura de los pueblos bárbaros hicieron que tras las ruinas del Imperio Romano de Occidente lo que se construyera fuera toda una nueva civilización.

Hace algunos años, a propósito del proceso de construcción de la Unión Europea comenzó a plantearse y debatirse el tema de la identidad común europea y la vuelta a las raíces de Euro-

pa. En el año 1982, muy oportunamente, Juan Pablo II lanzó este llamamiento en Santiago de Compostela:

“Yo, obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal desde Santiago te lanzo, vieja Europa, un grito de amor: vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades”⁶.

3. La fe cristiana, raíz religiosa y cultural de Europa

3.1. La religión judía, contexto donde nace el cristianismo

En un rincón oriental del Imperio Romano existía un pueblo absolutamente singular y único: el pueblo judío. Para los romanos eran una gente rebelde y díscola, que sólo generaba quebraderos de cabeza. Para los judíos los

5. Dalmacio NEGRO. *Lo que Europa debe al cristianismo*. Madrid: Unión Editorial, 2004, p. 110.

6. JUAN PABLO II. *Juan Pablo II en España*. Madrid: BAC, 2002, p. 185.



Asistentes a la conferencia.

romanos eran unos invasores de los que había que liberarse. Por ese motivo, las revueltas anti romanas eran frecuentes.

Pero lo que hacía únicos a los judíos era su religión monoteísta; algo fuera de lo común en una época en la que predominaba el politeísmo. La creencia en un solo Dios (Yaveh) era lo que daba las señas de identidad al pueblo judío.

La religión judía del Antiguo Testamento ha influido profundamente en la cultura occidental. Podemos citar como herencia de la religión de los judíos la idea de la supremacía del hombre sobre el resto de la creación, la idea de una Historia no cíclica, sino con un principio y un fin, o la idea de que la relación del hombre con Dios tiene lugar sobre todo en la práctica moral y no en ritos mágicos.

3.2. El cristianismo

A los ojos de los extraños el cristianismo no era más que una herejía de la religión judaica. A fin de cuentas, los seguidores de un profeta llamado Jesús de Nazaret tenían mucho en común con el resto de los judíos. Pero había algo especial en su religión. Primero la insistencia de sus seguidores en afirmar que su profe-

ta había resucitado después de ser crucificado porque era el Hijo de Dios. Segundo, la insistencia de la encarnación de la divinidad en Jesucristo como un hecho histórico y no mítico. Tercero, el carácter ecuménico y universalista de la nueva religión abierta a judíos y gentiles. Y cuarto, su carácter de religión trinitaria de tres personas y un solo Dios.

Con respecto a la relación entre judíos y cristianos, el profesor Rémi Brague⁷ señala una semejanza. Los judíos son a los cristianos como los griegos son a los romanos. Lo explica de la siguiente manera. Los romanos al conquistar Grecia hicieron suya la cultura griega, reconociendo su filiación y difundiéndola. De la misma manera, los cristianos hicieron propia la religión del Antiguo Testamento, reconociéndose continuadores de ésta.

La interpretación del papel histórico de Jesús ha experimentado en los últimos años una gran renovación gracias a las hipótesis de René Girard⁸. Para Girard, en los orígenes de todas

7. Rémi BRAGUE. *Europa, la vía romana*. Madrid: Gredos, 1995.

8. René GIRARD. *Los orígenes de la cultura*. Madrid: Editorial Trotta, 2004.



San Pedro y San Pablo.

las culturas está la rivalidad mimética que lleva a la violencia y a la búsqueda de un chivo expiatorio que, acusado de ser el origen del conflicto, es castigado para así volver a la paz.

Jesús es, efectivamente, chivo expiatorio, pero con una novedad que lo hace único. Él es víctima inocente que con su muerte denuncia y revela la mentira de este proceder y deja al descubierto la verdad de que todas las víctimas sacrificadas son inocentes. Según Girard, Jesús al desenmascarar con su sacrificio ese proceder rompe el mecanismo del chivo expiatorio que sacralizaba la violencia. Por esta razón, a partir del conocimiento del sacrificio de Jesús las sociedades humanas no pudieron recurrir a la mentira del chivo expiatorio como fórmula de éxito para poner un dique de contención a su autodestrucción. Desde entonces la humanidad tiene que buscar otras alternativas.

3.3. El cristianismo pasa a Europa

Hubo tres momentos significativos, tres barreras rotas, en la historia de la difusión del cristianismo que nos explican cómo y por qué esta religión desbordó los límites del pueblo judío y se abrió a los gentiles, especialmente a los que habitaban en el continente europeo. Nos los relatan los *Hechos de los Apóstoles*.

El primero, cuando Pedro tuvo un éxtasis. Vio en el cielo un lienzo lleno de animales y una

voz que le decía “*Pedro, levántate, mata y come*”. Eso era algo terminantemente prohibido a los judíos: comer animales impuros. Pedro interpretó esta visión como un mandato de Dios para predicar a otros pueblos, es decir, los gentiles o impuros. Se había roto la primera barrera.

El segundo momento ocurrió cuando a Saulo de Tarso se le apareció en sueños un macedonio y le pidió que cruzara a Europa para predicar el evangelio. Y Saulo cruzó a Europa.

El tercero y último fue cuando Saulo de Tarso habló en el Areópago de Atenas acerca del dios desconocido. Fue el primer encuentro entre el cristianismo y la cultura grecolatina. El resultado en primer momento fue un casi fracaso. No era fácil hacer comprender a quienes creían en dioses poderosos, que Dios se había dejado matar en una cruz. Pero el Evangelio comenzaba a inculturarse en Occidente.

No sólo Saulo de Tarso, sino también otros apóstoles evangelizaron a Europa, creando comunidades cristianas en las principales ciudades. Estas comunidades o iglesias cristianas se integraron en una sola Iglesia universal gracias a la institución del Primado romano⁹. San Pedro había sido el primer obispo de la iglesia de Roma. El primado que Cristo había conferido a Pedro no se extinguió en él, sino que pasaría a sus sucesores en la Cátedra romana. De este modo Roma pasó a ser la capital de la Iglesia.

3.4. Evangelización e inculturación del evangelio

Desaparecidos los apóstoles, la expansión misionera continuó por todo el Imperio. Es de resaltar un aspecto muy importante. La iniciativa evangelizadora no recayó en las jerarquías sino en las comunidades. Fue como un contagio¹⁰. Con frecuencia los primeros evangeliza-

9. José ORLANDIS. *Historia breve del cristianismo*. Madrid: Ediciones Rialp, 1989, p.25.

10. A. G. HAMANN. *La vida cotidiana de los primeros cristianos*. Madrid: Palabra, 1998, p.74.



San Agustín.

dos eran los miembros de la propia familia, después los compañeros de trabajo, luego los amigos... Los cristianos compartían además la vida cotidiana con los paganos; no formaban grupos marginados.

Si, por una parte, se evangelizaba a las personas, por otra se emprendía el esfuerzo de evangelizar la cultura. Los primeros padres de la Iglesia intentaron integrar la nueva religión con la filosofía grecolatina. Pero para la filosofía griega la pretensión cristiana resultaba absurda, incluso subversiva para el intelecto¹¹. A pesar de ello los padres apostólicos del siglo I pusieron en marcha la gran tarea de interpretar la fe en términos intelectuales y filosóficos, intentando asumir al máximo posible el pensamiento griego.

De todos ellos fue en San Agustín (354-430) en quién se dio de una manera más trascendental el encuentro teológico entre filosofía y cristianismo. De San Agustín debemos recor-

dar en estas líneas especialmente su teología de la historia escrita con carácter apologético para rebatir la idea de que el hundimiento de Roma se debía al abandono de los dioses antiguos y la adopción del cristianismo.

La cristianización del Imperio Romano tuvo una grandeza que hoy en día no alcanzamos a medir en toda su dimensión. La religión cristiana hubo de enfrentarse a otras religiones no sólo tradicionales, como la politeísta de la antigua Roma, sino también otras nuevas de gran atracción como el culto a Mitra. A pesar de ello, la expansión de la fe fue fundamentalmente pacífica. La integridad de vida de los cristianos, su espíritu fraternal, el heroísmo de los mártires, los milagros de los santos y el mensaje innovador en una sociedad preparada para recibirlo serían las únicas armas. La conciencia de los cristianos de ser una minoría no excluyente sino abierta a una sociedad y una cultura indiferente, cuando no hostil hacia ellos era algo generalizado. La conocida carta a Diogneto, escrita en torno al año 200, nos da testimonio de ello:

“Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás..., sino que habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestra de un tenor de peculiar conducta, admirable y, por confesión de todos, sorprendente... Mas, para decirlo brevemente, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y cristianos hay por todas las ciudades del mundo. Habita el alma en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; así los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo”¹².

11. José María VALVERDE. *Vida y muerte de las ideas. Pequeña historia del pensamiento occidental*. Barcelona: Ariel, 1990, p. 66.

12. El texto está tomado de Henry Irene MARROU. *Teología de la Historia*. Madrid: Ediciones Rialp, 1978, p. 167.



Otro momento de la conferencia.

De las dificultades de la evangelización nos hablan los mártires. El cristianismo sufrió sangrientas persecuciones. La primera de ellas fue iniciada por Nerón y a causa de ella pereció San Pedro. A periodos de relativa calma le sucedieron otros en los que se volvió a la represión. Domiciano, Trajano y Diocleciano fueron algunos de los emperadores que intentaron erradicar por la fuerza el cristianismo.

Las persecuciones finalizaron cuando el emperador Constantino en el 313, por medio del “Edicto de Milán”, permitió la libertad de culto a los cristianos. Posteriormente el emperador Teodosio declaró al cristianismo la religión oficial del imperio en el año 380. Pero no todos los ciudadanos romanos se habían convertido al cristianismo. Muchos habitantes del imperio siguieron practicando otras religiones, especialmente en el campo. No debemos olvidar que la palabra paganismo viene del latín *pagus*, que quiere decir campo.

Aunque la religión cristiana pudo practicarse con libertad a partir del siglo IV, los peligros para la fe no desaparecieron. La Iglesia tuvo que hacer frente a las herejías: gnosticismo, maniqueísmo, arrianismo y otras más. Para combatirlas en el plano doctrinal hubieron de

reunirse los primeros concilios: Nicea en el 320, Constantinopla en el 381, el segundo de Nicea en el 431 y Calcedonia en el 451.

La historia de la civilización romana quizás podría haber continuado en una nueva fase cristianizada, pero los invasores germánicos y la destrucción del Imperio Romano de Occidente impidió esta posibilidad. El Imperio Romano de Oriente, sin embargo, pervivió en el tiempo dando lugar a la civilización bizantina. Así pues, desde la perspectiva histórica, la destrucción del Imperio Romano es lo que daría la oportunidad para que naciera una nueva civilización: la occidental.

4. La Iglesia Católica, constructora de una civilización

4.1. La labor de la Iglesia Católica

Desaparecido el Imperio Romano de Occidente, la tarea evangelizadora de los pueblos europeos no se detuvo. Los pueblos germánicos siguieron siendo evangelizados en los siglos posteriores. En algunos casos se utilizó la violencia para conseguir este fin, como ocurrió con los sajones. Pero la tónica general fue la



La coronación de Carlomagno por el Papa León III.

evangelización pacífica, siendo la última fase la conversión de los pueblos escandinavos culminada en el siglo XI.

En los años siguientes al destronamiento de Rómulo Augústulo, último emperador romano de Occidente, ocurrido en el 476 se fueron sentando las bases de lo que sería en siglos posteriores la civilización occidental. Factor clave de la construcción de la nueva civilización fue la Iglesia Católica. La Iglesia, evangelizando a los pueblos de Occidente, construyó una nueva civilización.

Dos fueron las causas que llevaron a la Iglesia a tal protagonismo. La primera fue que en los años difíciles y oscuros que siguieron a la caída de Roma la Iglesia se mantuvo como la única institución que de modo generalizado valoró y preservó lo más valioso de la cultura grecolatina, de la cultura clásica. La civilización occidental no podría haber surgido si no hubiera tenido en su suelo esa tierra fértil que era la cultura clásica.

La segunda causa fue que la Iglesia Católica resultó ser la única institución que de

modo organizado difundió a la vez que la fe cristiana una nueva forma de ver el mundo, unos nuevos valores y criterios de comportamiento en todas las tierras del antiguo imperio. Lo revolucionario de su mensaje no eran unos principios diferentes o el descubrimiento de un nuevo dios, sino la adhesión a una persona, un Dios hecho hombre, como medio para alcanzar la liberación del mal y la felicidad eterna. Ciertamente hubo muchas resistencias y la labor no estuvo exenta de errores, pero en su conjunto la obra de la Iglesia fue inmensa en todos los campos de vida social y del espíritu.

En los años posteriores a la caída de Roma, la educación de modo natural fue recayendo en manos de la Iglesia. A medida que se iban reduciendo hasta desaparecer las escuelas públicas su lugar fue siendo ocupado por las escuelas de carácter monástico y episcopal. El proceso fue lento pero inexorable. Fue así como la Iglesia no sólo asumió la tarea de evangelizar sino también la de educar a la sociedad occidental.

Al mismo tiempo la Iglesia Católica fue llevada a desempeñar un papel en la vida pública de aquellos siglos tan importante como no previsto.

En el año 592 la ciudad de Roma se vio asediada por los lombardos. En aquellos años Roma formaba parte del Imperio Romano de Occidente, tras haber sido reconquistada por las tropas del emperador Justiniano y arrebatada de las manos de otro pueblo bárbaro: los ostrogodos.

La ayuda imperial no vino. Roma parecía abocada a ser saqueada y destruida. Ante el vacío del poder político, los romanos acudieron a la única autoridad en esos momentos presente en Roma: el Papa Gregorio Magno. Así fue como San Gregorio fue a negociar con Agilulfo, el rey de los Lombardos, y logró un acuerdo que salvo a Roma. A cambio de un tributo anual de 500 libras de oro los lombardos levantaron el sitio y pusieron fin a las hostilidades.

Efectivamente, la Iglesia Católica debido a su prestigio social pero también en razón de la formación y preparación de su jerarquía fue arrastrada a ocupar importantes responsabilidades en la actividad política y en la vida social. Las líneas divisorias entre lo temporal y lo espiritual a partir de entonces quedarían demasiado difuminadas, lo que sería fuente de conflictos en los siglos posteriores.

4.2. La conversión de los pueblos de Europa

La primera y gran misión de la Iglesia fue la conversión a la fe cristiana de una sociedad que lejos de ser homogénea estaba más o menos identificado en torno a tres grupos. El primero era el de la población bautizada, que en muchos casos su fe era poco más que un barniz. El segundo era el de los arrianos. El problema de estos herejes es que su fe estaba vinculada a una cierta identidad nacional germánica. Por último, el gran grupo de los paganos constituido tanto por una buena parte de la población campesina del antiguo imperio romano como por la gran mayoría de los pueblos germánicos y de otros pueblos de la Europa septentrional.



San Benito de Nursia.

La progresiva fusión entre la sociedad romana y la sociedad germana dio como resultado una situación caracterizada por una minoría de un elevado nivel cultural constituida por clérigos y monjes formados en las escuelas y una élite de aristócratas laicos con una cierta instrucción y por una mayoría de analfabetos de escaso nivel cultural y teológico aferrados a tradiciones que en muchos casos estaban alejadas del mensaje evangélico.

Ante esta situación los misioneros debieron simplificar su mensaje para poder adaptarse mejor a sus feligreses haciendo especial énfasis en tres medios: el culto a los santos, la santa misa y la formalización de los sacramentos del bautismo y la penitencia¹³.

En un mundo violento y despótico gobernado por jefes crueles y brutales, la religión cristiana sólo podía conmover la conciencia de los

13. Miguel Ángel GARCIA DE CORTÁZAR y JOSÉ ÁNGEL SESMA MUÑOZ. *Historia de la Edad Media. Una síntesis interpretativa*. Madrid: Alianza, 1997, p. 81.



Abadía de Montecassino.

paganos el prestigio de los santos. Como nos recuerda Dawson¹⁴, los santos no eran sólo modelos de perfección moral sino también fuerzas sobrenaturales que habitaban sus santuarios y continuaban después de muertos velando por el bienestar de su pueblo.

En esta labor evangelizadora mención especial merece el monacato. Los monasterios no sólo fueron centros de evangelización en una Europa desintegrada, sino también centros que educaron a las gentes y transmitieron lo más importante de la incipiente cultura que se iba formando.

Cronológicamente, los primeros fueron los monasterios irlandeses. Irlanda nunca fue conquistada por los romanos. Sin embargo, fue evangelizada y convertida firmemente al cristianismo. Cuando vino el desastre en el continente, sus monjes se lanzaron a recristianizar una Europa sumida en el caos. Después vendrían los benedictinos. San Benito fundó la orden benedictina y sus monasterios se extendieron por toda Europa. Con toda razón se considera a San Benito patrón de Europa.

En siglos posteriores cluniacenses y cistercienses no sólo enseñarían y transmitirían los valores más espirituales de la cultura medieval, sino que contribuirían fuertemente al renacimiento económico de Europa. Sus monasterios fueron ejemplo de eficientes unidades productivas que pusieron en explotación grandes extensiones de terrenos improductivos.

4.3. El nacimiento de una nueva cultura de identidad cristiana

La nueva cultura empezó a tomar forma después de un intenso debate dentro de la Iglesia Católica sobre la acogida o el rechazo de la cultura pagana que acabaría decantándose a favor de la preservación de la cultura pagana armonizándola con la fe cristiana. Así pues, las grandes obras de la literatura clásica y, por tanto, el núcleo de la tradición humanística occidental fue preservado y copiado por la Iglesia Católica, especialmente por los monjes de los monasterios.

Parece que fue a mediados del siglo VI cuando un antiguo ministro del rey ostrogodo Teodorico llamado Casiodoro tuvo la idea de fundar un monasterio en el que se conservaran e

14. Christopher DAWSON. *La religión y el origen de la cultura occidental*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2010, p.39.



hicieran copias de las grandes obras literarias de griegos y romanos. Después los monasterios benedictinos y todos los que les siguieron continuaron esta práctica.

Pero también debemos reconocer la gran obra que unos pocos lograron llevar a cabo. De todos los hombres que contribuyeron a la génesis de esta nueva civilización podríamos destacar a cuatro: San Benito de Nursia, San Isidoro de Sevilla y los Papas San Bonifacio y San Gregorio.

De San Benito, fundador de la abadía de Montecassino y de la orden benedictina, debemos destacar la transmisión de unos valores humanos que, originados en la vida monástica, fueron extendiéndose a todo Occidente: el valor del trabajo, el aprovechamiento del tiempo y el valor del orden.

San Isidoro, es una muestra del valor de la acumulación de saberes en orden al crecimiento espiritual del ser humano. Compuso una enciclopedia, las *Etimologías*, que intentaba resumir todos los conocimientos de la antigüedad.

Por último, los Papas San Gregorio y San Bonifacio marcaron las pautas de lo que debían ser las relaciones entre el orden temporal y el orden espiritual, entre la política y la religión. Además, impulsaron la evangelización de otros pueblos, contribuyendo a incorporarlos a la civilización occidental.

5. Conclusiones

Para concluir esta conferencia, sólo quería resaltar que, precisamente por todo lo comentado, a pesar de las incertidumbres y amenazas reales que hoy se ciernen sobre Europa hay que tener esperanza.

El cristianismo está lejos de ser una religión muerta. Tiene todas las condiciones para seguir siendo el fundamento sobre el que se asiente la cultura occidental. Basta únicamente repasar su pasado más reciente o su presente para comprobar su, a veces, desconcertante vitalidad. Es cierto que ha perdido su carácter de religión mayoritaria que tuvo en el pasado de Occidente y no parece que lo vaya a recuperar. Pero no hay que verlo en términos negativos. Para el cristianismo las cantidades, los números, no es lo importante. Para la fe cristiana hay unos planes de Dios que se realizan en la Historia y de los que una buena parte permanece oculta para nosotros. Dios, que en Cristo está con nosotros, nos guía y nos conduce a los humanos con su amor.

Por todo ello, el cristianismo, raíz de la Civilización Occidental, lejos de estar condenado a desaparecer, está llamado no a excluir, sino a integrar; no a perseguir, sino a propiciar el diálogo; no a servir al poder político, sino a convertirse en su conciencia crítica. Mientras haya amor hay esperanza.